El Príncipe: Desafíos, legados y significados

Una introducción

Jorge Andrés López Rivera
Departamento de Ciencia Jurídica y Política
Pontificia Universidad Javeriana Cali
jandresl@javerianacali.edu.co

La vitalidad y la vigencia de *El Príncipe* de Maquiavelo, redactado en el tramo final de 1513, desde cualquier punto de vista, son innegables. Tal como lo atestigua la carta a Vettori, del 10 de diciembre de 1513, quinientos años nos separan del primer borrador del "opúsculo" del florentino (Maquiavelo, 1979). Esta obra ha sido objeto de juicios tan disimiles como lo son, por ejemplo, su inclusión en el *Index Librorum Prohibitorum,* en 1559 (Kahn, 2010, p. 244), la sorprendente consideración –para las lecturas realistas– de Rousseau de ésta como "el libro de los republicanos" (Rousseau, 2003, p. 124)[1] o la lectura cientificista de Cassirer que llega a establecer una analogía entre Maquiavelo y Galileo.[2] Ninguna de las lecturas de *El Príncipe*,

[1] En Libro III del *Contrato Social,* Rousseau afirma: "Los reyes quieren ser absolutos, y desde lejos se les grita que el mejor modo de serlo es hacerse amar por sus pueblos. Esta máxima es muy hermosa e, incluso, muy verdadera en ciertos aspectos: desgraciadamente será objeto de burla en las cortes. El poder que proviene del amor de los pueblos es sin duda el mayor; pero es precario y condicional; nunca conformará a los príncipes. Los mejores reyes desean poder ser malos si se les place, sin dejar de ser los amos. En vano les dirá un sermoneador político que, al ser la fuerza del pueblo la suya, su interés es que el pueblo esté floreciente, que sea números, temible; saben muy bien que eso no es verdad. Su interés personal es que el pueblo sea débil, miserable y que nunca pueda resistirlos. Admito que, suponiendo a todos los súbditos perfectamente sumisos, el interés del príncipe sería entonces que el pueblo fuera poderoso, a fin de que siendo suyo este poder, lo volviera temible ante sus vecinos; pero como este interés no es sino secundario y subordinado, y las dos suposiciones son incompatibles, es natural que los príncipes den siempre preferencia a la máxima que les resulta útil de modo más inmediato. Es lo que Samuel expuso vigorosamente a los hebreos: es lo que Maquiavelo hizo ver de modo evidente. Fingiendo dar lecciones a los reyes, les dio grandes lecciones a los pueblos. *El Príncipe* de Maquiavelo es el libro de los republicanos" (2003, pp.124-125).

[2] Por ejemplo, en Cassirer, pueden leerse afirmaciones como: "si bien El Príncipe es cualquier cosa menos un tratado moral o pedagógico de ello no se infiere que sea un libro inmoral. Ambos juicios son igualmente equivocados. El Príncipe no es un libro moral ni inmoral: es simplemente un libro técnico" (1996, p. 181), "El Príncipe de Maquiavelo contiene muchas cosas peligrosas y venenosas, pero él las contempla con la frialdad y la indiferencia de un científico" (p. 183) o "La ciencia política de Maquiavelo y la ciencia natural de Galileo se basan en el mismo principio. Parten del axioma de la unidad y la homogeneidad de la naturaleza. La naturaleza es siempre la misma; todos los acontecimientos naturales obedecen a las mismas leyes invariables" (p. 185).

si bien susceptibles de ser calificadas como más o menos rigurosas y exhaustivas, puede declararse como enteramente aprehensiva y concluyente –tal vez esta condición es, parcialmente, indicador del carácter "clásico" del texto. En gran parte, la multiplicidad de juicios y lecturas del "opúsculo" del florentino está relacionada con el interés que orienta la aproximación a la obra. Es decir, *El Príncipe*, por ejemplo, puede leerse con el interés de validar un discurso político concreto, con la intención de fundamentar meta-teóricamente principios normativos u ontologías sociales o con pretensiones meta-teóricas estrictas de elucidación interpretativa. De igual forma, la especificidad de cada lectura está relacionada con el vínculo construido para la interpretación entre la obra del florentino y tradiciones intelectuales concretas, cuya piedra de toque son sus asunciones ontológicas y epistemológicas. Todo lo anterior, como la vigencia de la obra, lo atestiguan las innumerables interpretaciones que, sumándose a las históricamente célebres, se han hecho de ésta durante el siglo XX y los albores del siglo XXI. Es posible rastrear, por ejemplo, en la Filosofía Política contemporánea tendencias interpretativas tan diversas como las marxistas de Althusser y Gramsci; las lecturas con tinte liberal de Lefort y Berlín; la recuperación bajo un esquema republicano de Pocock; o, más recientemente, interpretaciones, como la de Benner, que reavivan sentidos paradigmáticamente olvidados por la Filosofía Política contemporánea en el conjunto de la obra de Maquiavelo.

En este sentido, la presente introducción a este volumen en torno a *El Príncipe* de Maquiavelo, dejando de lado los intereses de aproximación a la obra y las asunciones ontológicas y epistemológicas con las que se construyen las interpretaciones, tiene por objeto delinear cinco elementos estructurales del texto del florentino que, dependiendo de la valencia que se les otorgue, guían la interpretación. Para procurar alcanzar dicho objetivo, en primera instancia, se presentarán dos elementos de composición de *El Príncipe*, cláusulas y figuras retóricas, que son esenciales para la interpretación de su sentido general (I).

Tras esto, se presentarán fundamentos de la teorización en la obra en cuestión. El centro de análisis, en este punto, estará en cómo se puede asumir la forma en la que Maquiavelo vincula principios generales y casos concretos, las valencias descriptiva y prescriptiva de la pareja conceptual *virtù-fortuna*, la ponderación de los componentes de ésta como formas de causación, y la relevancia de los tipos de relación atribuibles a la obra del florentino con las tradiciones griega y latina (II). Por último, con fundamento en lo previamente expuesto, se hará una breve presentación de las tesis generales que se presentan en los artículos que componen este volumen (III).

I

Las diversas lecturas de *El Príncipe* encuentran un reto en la forma como éste está escrito, particularmente en su composición. En primer lugar, el libro, por un lado, contiene en su estructura una serie de enunciados bastante simples pero altisonantes que, aparentemente, expresan de forma evidente el sustrato de su contenido: "la naturaleza de los pueblos es voluble, y es fácil convencerles de algo pero difícil mantenerlos convencidos" (Maquiavelo, 2006, p. 92); "hay tanta diferencia de cómo se vive a cómo se debe vivir, que quien deja lo que se hace por lo que debería hacer, aprende más bien su ruina que su salvación" (pp. 129-130); o "es necesario que un príncipe sepa actuar según convenga, como bestia y como hombre" (p. 138). Por otro, hay pasajes del libro que, en sí mismos y en su combinación, parecen tan crípticos que requieren una lectura con mayor detenimiento. Por ejemplo, en el capítulo VIII, sobre "Los que por medio de los delitos llegaron a ser príncipes", tras hacer una breve descripción sobre cómo Agatocles llegó a ser rey de Siracusa, Maquiavelo afirma:

> [...] no se puede llamar virtud, el asesinar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, no tener palabra, ni piedad, ni religión;

> estos medios harán ganar poder pero no gloria. Porque, si se considera la virtud de Agatocles al arrostrar y vencer los peligros, y su grandeza de ánimo a la hora de soportar y superar las adversidades, no se ve por qué se le deba juzgar inferior a cualquier otro excelentísimo capitán; pero en cambio su feroz e inhumana crueldad, así como sus innumerables maldades no consienten que sea celebrado entre los hombres más excelentes (2006, pp. 102-103).

No obstante, más adelante, en el capítulo XV, sobre "Aquellas cosas por las que los hombres y especialmente los príncipes son alabados o vituperados", el florentino sostiene que un príncipe:

> [...] no se preocupe de caer en *la* infamia de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar el estado; porque si consideramos todo cuidadosamente, encontraremos algo que parecerá virtud, pero que si lo siguiere sería su ruina y algo que parecerá vicio pero que, siguiéndolo, le proporcionará la seguridad y el bienestar propio (Maquiavelo, 2006, p. 131).[3]

En efecto, al comparar las citas, no es diáfana una "máxima de destreza" sobre cómo debe posicionarse el príncipe frente a la *virtù* y los vicios. En primera instancia, parece que Maquiavelo juzga los medios "nefandos/criminales" –según lo indica el adjetivo– como indeseables, pues no procuran gloria. Los modos parecen estar circunscritos dentro de aquello que permita conseguir la gloria. Sin embargo, también declara que un príncipe no debe preocuparse –la cuestión se visibiliza cuando menciona "la infamia" –por los medios de que se valga, siempre y cuando, le procuren su autoconservación. De igual forma, en la cita sobre Agatocles, Maquiavelo parece tener muy claro qué es la *virtù*, haciendo referencia a la gloria como elemento constitutivo de ésta. Pero, en la segunda cita, se percibe cierto "relativismo" frente a la *virtù*,

[3] Subrayado del autor.

pues hay algunas acciones que tienen la apariencia de *virtù* y otras la apariencia de vicio. De esta forma, surgen varias preguntas, a saber: ¿hay modos deseables e indeseables? ¿Debe el príncipe pretender la gloria o despreocuparse frente a la infamia? ¿Cuáles son, en definitiva, los criterios para categorizar acciones como virtuosas? ¿Qué causa las variaciones –suponiendo que esto sea posible– de las apariencias de los modos virtuosos y viciosos? ¿Es la autoconservación, moralmente flexible, el principio último de *El Príncipe*?

Así, pues, es visible que en la composición de la estructura de *El Príncipe* es posible encontrar cláusulas, en apariencia, simples que dan un primer sentido general al "opúsculo", pero que, al lado de otros un tanto más complejos por su tono y en la comparación de pasajes, el texto se torna críptico, ofrece al lector más interpelaciones[4] que respuestas, lo que, en últimas, a su vez, abre la puerta a una pluralidad de interpretaciones con acentos diferenciados.

No obstante, las dificultades que expresa la escritura de *El Príncipe* para su lectura no se limitan a la ya enunciada. En segundo lugar, el texto de Maquiavelo está lleno de figuras retóricas. El florentino en la dedicatoria afirma:

> Esta obra no la he adornado ni rellenado con amplios párrafos o ampulosas y solemnes palabras o con cualquier otro ornamento o artificio formal con los que muchos acostumbran a describir y adornar sus cosas, porque he querido o que nada la distinga o que tan solo la variedad de la materia y la gravedad del tema la hagan grata (Maquiavelo, 2006, p. 72).

En principio, podría deducirse que Maquiavelo parte de un rechazo a cualquier uso rimbombante del lenguaje, si se quiere, a la retórica

[4] Al respecto, Benner (2009) argumenta que el uso de cierta retórica, por ejemplo, en el caso del concepto de *necesidad* (cfr. pp. 138 y ss.), tiene como objeto entrenar a los lectores para percibir el uso abusivo de cierto tipo de argumentaciones, esto es, para forjar el juicio político. Los lectores se ejercitan para considerar razonadamente los argumentos que justifican decisiones políticas (cfr. por ejemplo, pp. 16-43, 138, 64, 170, 484).